



CINCO SIGLOS DESPUES

QUINIENTOS años han pasado, casi como una caricia, sobre la estampa de un pequeño pueblo de las tierras castellanas de Arévalo. Se llama Madrigal de las Altas Torres. Madrigal, con su bello nombre, apenas si es nada: un pueblo de eras, de iglesias románicas, de campesinos de rostro tostado por el sol, que se levanta cada día por las lomas de Medina; de ovejas merinas, de murallas con rosales en abril; con apelonadas nubes bogando por encima de los surcos de invierno. Un pueblo más en la geografía de Castilla.

Pero Madrigal de las Altas Torres, apiñonado entre sus campanarios, sus torreones y sus palacios, ceñida por la cota de piedra de las murallas, entre las aguas verdes y transparentes del Zapardiel y del Trabancos, tiene su gloria, que comparten España y toda la América de habla castellana. Aquí nació y jugó de niña una princesita a la que sus padres, los Reyes de Castilla, dieron el nombre de Isabel y que estaba destinada a entrar en la Historia con el nombre de Isabel «la Católica». El pueblo, pequeño y duro, puesto sobre la dulce y abrasada mano de la meseta castellana, se costó así, para los siglos de los siglos, la gloria monumental de haber mecido la cuna de la Reina que forjó la unidad española, descubrió América y disparó las flechas del pensamiento español hacia África.

Hoy, sus vecinos, los sencillos labriegos de una Castilla milenaria y quemada por la gran pasión de alumbrar nuevas páginas de historia, viven a la sombra del más alto blasón que pueda exhibir jamás villa alguna. Cuando casi los cinco siglos van a cumplirse de aquel día 22 de abril de 1651, ninguna conmemoración mejor que llegarse hasta Madrigal, entrar por la Puerta de Aranda o Contalopiedra, por donde pasaban hace quinientos años los poetas del Rey Juan con sus sonetos dedicados a la infantita que acababa de nacer, o transcurrir bajo el arco de Medina o el de Peñaranda, que hoy atraviesan los arrieros, alzando sus miradas hacia los balcones adintelados, como si esperaran ver allí la pálida sombra de la reina rubia como el trigo y de ojos azules como el cielo de Madrigal.



Fué en la mañana del 22 de abril de 1451. Castilla era entonces una Corte andariega y militar. El Rey Juan había instalado su trono campamental entre las murallas de Madrigal. Poetas y guerreros pasaban bajo los balcones voladizos de las pequeñas casas campesinas. Aun se conserva, mordido por el tiempo, el viejo edificio del convento donde abrió sus ojos a la luz de romance de Castilla la gran Reina. Es este sencillo edificio —al que dan paso unos arcos donde ya apuntaba el Renacimiento— habitado hoy por los Religiosos Agustinos.



En quinientos años nada ha sido capaz de cambiar el alma de este trozo del paisaje, que posee el halo resplandeciente de los grandes lugares de la Historia. Las mismas casas humildes. Los mismos hombres guiando los carros camino de las eras. Las mismas alondras cantando en el cielo. La misma iglesia de San Nicolás, asomando su torre chata sobre los tejados encarnados, acurrucados bajo su sombra violácea. La pequeña iglesia que se ve al fondo, con su «capilla dorada», con sus sepulcros de grandes señores, presenció un día el acontecimiento: damas vestidas de briales de seda—verdes, rojos, azules—escortaron una cuna de encajes. Era la princesita Isabel. Los poetas, vestidos de gala, componían en su honor los primeros versos renacentistas, mientras granaban en el huerto del convento los rubios membrillos. Por la calle polvorienta correría el mismo hato de cabras, custodiado por los pastores, envueltos en capas. Ese trozo de cielo bajo un arco y la plaza con los hombres curtidos por el viento refleja la belleza potencial de Castilla, la belleza áspera y sin afeites de España. El tiempo no pasa. Todo permanece como el día que en esa iglesia bautizaron a Isabel.



Un cura de un pueblo de Castilla. El cura párroco de Madrigal de las Altas Torres vive en una casa silenciosa y blanca y a su cargo corren los cuidados de los libros que hablan del nacimiento de la gran Reina. Es el cura sencillo de las aldeas de trigo, de vino flojo y de rebaños, que si por un lado está unido a la eternidad histórica, por otro prolonga sus desvelos en el presente hacia las preocupaciones cotidianas de los campesinos que le consultan sobre bodas, entierros, bautizos, sobre los pequeños negocios y los grandes trances de la existencia. El cura de Madrigal de las Altas Torres tiene el balcón cerca del tejado, que es modo de estar más cerca del cielo. Y al pie, aguarda la eterna infancia de Castilla a que baje el señor cura. En la tarde del domingo quizá salga con ellos hasta las afueras del pueblo. El pueblo no es nada, pero cuando el párroco diga: «Bajo este árbol se sentó un día la Reina Isabel», las imaginaciones se deslumbrarán con la visión de una cabalgata de jinetes de hierro y de estandartes poniendo cerco a Granada, o con las velas de tres carabelas echando el ancla en la orilla americana... La gloria es el ave más altanera del cielo de Castilla.



El Convento de las Religiosas Agustinas, esa nave anclada en el paisaje de Madrigal... Hacía años que se venía descascarillando. Las lluvias enfermaban de goteras las salas donde Isabel había jugado con sus muñecas, mientras el macizo sol y los azules vientos iban acometiendo los muros y la torre que acunó los primeros sueños de la niñez de la futura Reina. (Por este sendero bordeado de pálidas hierbas, de resechos rastrojos, bajaba Isabel con sus hermanos, el taciturno don Enrique y, el otro, el infante Alfonso, cuya muerte cambió los rumbos de la historia.) Actualmente el convento ha sido restaurado, no sólo exteriormente, sino procurando restituir a sus históricas salas el mismo carácter que tuvieron entonces, dentro del ambiente sencillo que poseyó el primitivo edificio, con un cuidado exquisito, que llega hasta el mobiliario, las puertas y las vidrieras.



He aquí otro contraste que sale al paso del peregrino por la gran arca de la historia de Castilla. Las infanzonas campesinas de hoy bajan las cuestas del pueblo para llevarle el agua al padre o al hermano en su trabajo. Bajo el sol estival, sol de la gran Reina, la escena posee una gracia milenaria. Son como pequeñas estatuas que portan el cántaro sobre el hombro con un gesto antiguo, entre paso de danza e inmovilidad de tanagra clásica. Quizá no sepan ellas que Madrigal fué un día Corte de poetas del Rey Juan y que uno de aquellos juglares cortesanos, al ver pasar a una de sus abuelas ante su ventana, con el mismo cántaro sobre el hombro, cantaría la belleza y la serenidad de las campesinas castellanas, que dejan tras ellas, en el resplandor polvoriento de la tarde, su perfume de rojas rústicas, entre el olor tibio de los mostos y la áspera vaharada de las eras. Es la mujer de Castilla; y son como el símbolo de aquellas virtudes domésticas de la gran Reina, que zurcía las ropas del Rey Fernando, bordaba las telas de los telares segovianos y ponía en orden la casa solariega de toda España, mientras los sueños más altos—tal la aventura de Indias—se enraizaban en su corazón.



Y al lado de esta Castilla labriega la vieja casa-torre de las infanzonas, con las piedras soleadas por los siglos, con la fachada labrada en exquisita orfebrería. ¿Quién ha dicho que ya no hay rosas en las mansiones solariegas de la seca Castilla? Basta ver estas dos muchachas asomadas al balcón. Porque lo que fué nido de grandes guerreros no conoce la nostalgia de haberse quedado solitario y vacío. Ahora el balcón de los capitanes se ve frecuentado por las doncellas soñadoras. Una juventud nueva derrite esta imagen de las casas solariegas de Madrigal de las Altas Torres, cabeza de la ancha España. Con un poco de imaginación es fácil sustituir los trajes de hoy por los briales de sedas y de oros de entonces. Y a este balcón vendría a dar la misma luna de las noches de verano en el pueblo, y se asomaría otras mujeres, que tal vez fueran las abuelas de éstos con su Libro de Horas miniado y dorado por un monje de Castilla. Los hombres se habían ido a la guerra, al otro lado del horizonte, o estarían embarcados para la gran aventura americana. El pueblo, como en la copla, se quedaba triste, esperando las cartas que hablaban del alto vuelo de los aguiluchos de Madrigal.

Comparemos esta fotografía de la piedra, historia en pie, con el friso de campesinos que parece estar esperando un pintor que les traslade al lienzo. En la era ha sonado en la mañana de agosto la hora del yantar. En Castilla los campesinos comen temprano y sobriamente. Cuando el ojo dorado del sol se ha colocado sobre la vertical de Madrigal, el silencio se ha hecho en la era. La nube de oro de las briznas de paja ha caído como un ángel cansado y en el montón de trigo quedan clavadas las horcas. En el corro de los enjutos campesinos morenos brilla el relámpago azul de una navaja, que corta el pan y la carne. Los hombres milenarios de la Castilla larga y ancha, de la Castilla labriega cumplen el rito del yantar silencioso y breve. Las torres afilan sus aristas en la llanura parda e inmensa como fondo de la estampa viva y actual de España.

